

EL MEDITERRÁNEO EN LA HISTORIA

per

Joseph Pérez

(UNIVERSITÉ DE BOURDEAUX III)

Como epígrafe a su libro sobre el Mediterráneo en el siglo xvi, Fernand Braudel puso una frase sacada de la *Historia natural de las Indias* de José de Acosta. A pesar de su entusiasmo por las tierras descubiertas en el Nuevo Mundo, el jesuita español señalaba lo que, para él, parecía constituir un fallo: en 1598, más de un siglo después del primer viaje de Colón, todavía no se había descubierto un segundo Mediterráneo como el que existía entre Europa, Asia y Africa. La frase dice mucho sobre el prestigio del Mediterráneo. En fecha tan tardía como finales del siglo xvi, incluso para los que más interés sentían por los nuevos horizontes, el Mediterráneo seguía siendo un modelo cultural por su situación geográfica excepcional, lugar de encuentro e intercambio entre continentes. Efectivamente, el mundo americano se nos aparece en gran medida como una proyección histórica y hasta cierto punto como una creación del Mediterráneo más allá del océano Atlántico. Pero la misma trascendencia de aquella proyección acaba desplazando al Mediterráneo como motor de la historia. Este destino del Mediterráneo por las rutas de las Indias presenta pues tres aspectos:

- el Nuevo Mundo como creación del Mediterráneo;
- el Mediterráneo como modelo de civilización;
- el Mediterráneo en la historia.

I. - El Nuevo Mundo como creación del Mediterráneo.

Colón no fue probablemente ni el primero ni el único que arribó a las costas de lo que iba a ser un continente hasta entonces desconocido; muchos, antes que él, los vikingos, por ejemplo, debieron de llegar a aquellas tierras, pero entre ellos y los posteriores descubrimientos portugueses y españoles hay

una enorme diferencia: es que los viajes de los nórdicos fueron actos empíricos, por así decir; llegaron más allá del Atlántico casi por casualidad. En cambio, las expediciones del siglo xv son el resultado de una larga y lenta maduración, el fruto de una herencia cultural que recoge las aportaciones que, desde hacía siglos y antes de la era cristiana, venían preparadas por las varias civilizaciones de la cuenca mediterránea. Todas las civilizaciones, desde los hebreos y los fenicios hasta el Renacimiento italiano, pasando por los griegos, los romanos, los árabes y los turcos, han contribuido a crear las condiciones necesarias para que la expansión europea de finales de la Edad Media fuese fundamentalmente una expansión mediterránea, lo cual naturalmente no quita que las gentes del norte participasen en la gestación de una nueva era en la historia de la humanidad, pero lo hicieron en una medida mucho menor.

Me limitaré a señalar cuatro de las direcciones principales, características de aquellos avances: los conocimientos científicos, los progresos de la técnica, el desarrollo de la economía y, por fin, la transformación de las estructuras sociales y estatales.

1.- La ciencia, tal como la entendemos hoy, nace en Grecia como resultado de la ambición de dar razón de los fenómenos naturales, interpretándolos como casos particulares que se derivan de unas leyes generales. Tres aspectos nos interesan sobre todo aquí: geografía, matemáticas y astronomía, sin que esto signifique que consideremos como menos importantes la medicina o la filosofía, ésta última condicionante de todo lo demás. En aquellos tres sectores, la ciencia alcanzó en fecha relativamente temprana un nivel de abstracción y de eficacia admirable. La mayor parte de aquel tesoro de conocimientos se perdió en el occidente europeo a raíz del derrumbamiento del Imperio romano. Pero los árabes recogieron lo más importante del legado, lo conservaron en sus bibliotecas y lo enriquecieron con nuevas aportaciones, propias o procedentes de la India con la cual estaban en contacto. Aquel caudal científico, a veces farragoso y confuso, acaba por ser recobrado en occidente y en esta transmisión desempeñó un papel fundamental la España medieval, situada en la encrucijada de las tres religiones o culturas nacidas a orillas del Mediterráneo: la judía, la musulmana y la cristiana. A finales del siglo xii y a lo largo del siglo xiii, gracias a los contactos culturales que podemos sintetizar en torno a lo que se ha llamado la escuela de traductores de Toledo, se recupera la ciencia antigua, una ciencia, repito, renovada y completada por los árabes y no sólo transmitida por ellos. Así es como, en el siglo xiii, la élite intelectual de Europa empieza a disponer de un capital científico nada desdeñable, que comprende la aritmética y el álgebra

indo-musulmanes, la geometría de Euclides, la astronomía de Ptolomeo, las tablas astronómicas judaico-musulmanas, la óptica de Apolonio y Ptolomeo, etc.

Este material tardará mucho en dar sus frutos. Convenía depurarlo de muchas interpretaciones falsas y de fantasías, mitos, creencias que lo afeaban y estorbaban. Pensemos, por ejemplo, en la lenta penetración de la numeración conocida como árabe, en realidad india, a partir del siglo xi. Barradas de Carvalho ha revelado que ya empieza a utilizarse en Portugal a principios del siglo xv, en la obra del infante dom Pedro y de fray Joao de Verba, *Virtuosa benfeitoria*, redactada entre 1415 y 1433.¹ Pensemos en el *Tratado de la esfera* del monje inglés llamado vulgarmente Sacrobosco en el que se demuestra la curvatura de la tierra y en la trayectoria de la geografía de Ptolomeo: hacia 1400, un mecenas florentino, Pallas Strozzi, compra una copia del manuscrito en Constantinopla; el texto traducido al latín empieza a circular en Europa; en España se sabe que un tal Jacobo Pérez (fallecido en 1490 o 1491) lo cita en un comentario sobre los Salmos publicado en Valencia, 1484; Nebrija también se refiere a él en su *Cosmografía*, impresa en Salamanca, 1498...

No quiero ni puedo insistir más sobre este aspecto, de sobra conocido, pero que siempre conviene recordar: el descubrimiento no hubiera sido posible sin el aprovechamiento de una ciencia, todavía incierta y confusa, que es genuína creación del Mediterráneo.

2.- La técnica viene a completar el avance científico. En este sector también notamos muchos titubeos pero poco a poco se van perfilando los instrumentos sin los cuales los descubrimientos no se hubieran producido y también aquí nos encontramos con creaciones mediterráneas. Genoveses y catalanes, mejor dicho, mallorquines, se especializan y rivalizan en la realización de mapas y portulanos que portugueses y españoles aprovecharán y perfeccionarán. La náutica que se practicaba en el Mediterráneo no planteaba problemas mayores ya que casi siempre se navegaba sin alejarse mucho de las costas. No así en el Atlántico que suponía otras dificultades. La aplicación de las tablas alfonsinas y luego de las del judío portugués Abraham Zacuto permitió en parte dar con una solución al problema al dar un medio de calcular la posición del barco en alta mar por referencia a la altura de los astros sobre el horizonte y concretamente la del sol cada día en determinados lugares.

El material náutico que se usaba en el Mediterráneo tampoco servía para el Atlántico. Se resolvió la dificultad sustituyendo las pesadas naves del mar

¹ Vitorino MAGALHAES GODINHO, *Les Découvertes. xv-xvi; une révolution des mentalités*. París, 1990, pág. 34.

interior por la elegante carabela que combinaba velas rectangulares y velas latinas, lo cual permitía navegar con viento contrario. En este caso como en otros, sería inexacto e injusto desconocer lo que se debe a la experiencia y a la práctica de los marinos del Atlántico, pero no cabe duda que los mediterráneos se encontraron en mejores condiciones para enfrentarse con los problemas de una navegación en zonas desconocidas porque disponían, además de la experiencia, de conocimientos e instrumentos técnicos adecuados.

Es que la técnica, por sí sola, no lo hace todo. Se trata de un instrumento eficaz, tal vez imprescindible para realizar cierto tipo de adelantos, pero que necesita algo más para desarrollarse completamente y dar resultados que van más allá de unas simples aplicaciones. Han existido varias civilizaciones que han alcanzado un alto nivel de eficacia técnica sin llegar a transformarse en civilizaciones superiores, creadoras de expansión. El ejemplo quizás más llamativo es el de China a la cual debemos muchos inventos (la pólvora...) y que, sin embargo, nunca llegó a convertirse en una nación emprendedora de progreso. Lo mismo cabría decir de las civilizaciones azteca e incaica; la construcción de las pirámides y de ciudades como Machu-Pichu supone unos conocimientos técnicos muy elaborados pero aquellas civilizaciones no supieron o no quisieron ir más allá de la simple hazaña técnica. No así en el Mediterráneo en el que la técnica siempre acompañó y ayudó a la prodigiosa expansión del siglo xv. La ciencia no es del todo necesaria para la vida de una sociedad, el desarrollo de una cultura, la construcción de un estado o incluso de un imperio; para todo esto, basta la fuerza militar, el despotismo. En cambio, para que la ciencia alcance toda su plenitud y dé sus frutos sazonados, es preciso que existan condiciones sociales y filosóficas que hagan de su cultivo una ocupación noble y digna, que unos hombres tengan el ocio y la libertad personal imprescindible para poder dedicarse a ella.

3.- ¿Cuál fue el motor de los descubrimientos? ¿Las esperanzas y exaltaciones mesiánicas en una nueva cristiandad, el gusto por la aventura y la hazaña individual, el espíritu de lucro? Todas aquellas motivaciones tuvieron su importancia pero, sin querer atenerse a una interpretación materialista de la historia, parece indicado tener en cuenta las exigencias de la economía. Estas fueron las que dieron el impulso decisivo a las motivaciones de carácter espiritual e idealista que nunca faltaron. Las fechas, en este aspecto, cantan. A finales del siglo xiii, los italianos empiezan a pasar al otro lado del Estrecho de Gibraltar, camino de Brujas y de la Europa del norte; en el xiv, llegan a las islas Canarias y a Madeira. Una colonia importante de genoveses se instala de modo permanente en Sevilla; otra se establece en Lisboa. Es el negocio, el comercio, la

contratación, lo que empuja a todos aquellos italianos a expatriarse y a emprender largas, costosas y difíciles navegaciones en mares desconocidos; todo ello es posible a causa de la recuperación demográfica y económica que sigue a las catástrofes de la Peste Negra. En el siglo xiv aparecen más claramente los motivos económicos: el oro de Africa y las especias y sedas de Asia. Magalhaes Godinho ha señalado como en 1435 la vuelta a la acuñación del oro y la creación del cruzado coinciden en Portugal con la recuperación económica y las primeras utilizaciones de la carabela.² En la segunda mitad del siglo xv, las especias cobran nuevo interés y constituyen un aliciente en la búsqueda de mercados para contrarrestar el monopolio veneciano. La trata de esclavos acaba configurando el contexto económico de la expansión portuguesa, anterior a la castellana: después de la ocupación por los turcos de Asia Menor y de las islas griegas, el cultivo de la caña de azúcar se había intensificado en Sicilia, Madeira e islas Canarias; ahora bien, este cultivo exigía una mano de obra numerosa y barata; los portugueses fueron a buscarla a Guinea y así se convirtieron en los principales traficantes de esclavos de Europa. Semejantes motivaciones económicas encontramos en Andalucía. De Sevilla, Cádiz, Sanlúcar... salían barcos para el comercio de contrabando con Guinea del que los castellanos habían sido excluidos oficialmente por el tratado de 1479 con Portugal. A los castellanos, concretamente a los andaluces, no les quedaba otra salida que ir en busca de zonas no controladas por Portugal; ya que la ruta de Africa les estaba prohibida no tenían más remedio que ir a Asia por el oeste, cruzando el Atlántico.

Resumiendo todo lo dicho hasta aquí, se podría concluir, como lo hace Pierre Chaunu³ que los descubrimientos del siglo xv se deben ante todo al encuentro y colaboración de dos culturas: la mediterránea que aporta sus tradiciones, sus necesidades y exigencias (Génova, más que Venecia, Andalucía) y la atlántica con la experiencia de los pescadores de Portugal, Galicia y el Cantábrico. No cabe duda que el peso de la primera, la mediterránea, es en aquel entonces muchísimo más importante y tal vez determinante.

4.- Otro factor que contribuyó eficazmente a la expansión europea de finales de la Edad Media es el cambio en las estructuras sociales y la formación del Estado moderno. Ahí volvemos a encontrar la herencia de las civilizaciones del Mediterráneo, en este caso el legado del derecho romano. Desde los griegos existe la conciencia de una comunidad superior entre los pueblos que acatan

² *Ibid.*, p. 70.

³ Pierre CHAUNU, *L'Expansion européenne du xiii au xv siècles*. París, pág. 67.

normas éticas idénticas o muy parecidas. Esta comunidad opuso primero los pueblos civilizados y los llamados bárbaros y no siempre coincidió con las fronteras de la que hoy es Europa. En tiempo de los griegos comprendía Asia Menor. Comunidad de cultura y no comunidad de raza, como lo dice muy bien Isócrates, comunidad fundada en unas formas de organización social y política que ponían por encima de todo la libertad personal, aunque descansase sobre la explotación de esclavos. Recordemos el coro de los ancianos en la tragedia de Esquilo, *Los Persas* al evocar la batalla de Salamina: «Aquellos hombres que no son esclavos de ningún hombre...»

Roma fue la que dio a aquella comunidad su unidad y cohesión al imponer en la que iba a ser Europa una lengua común, un derecho común, una cultura común. Después de Roma, el cristianismo instituyó una nueva forma de aunar entre sí los pueblos que compartían la misma fe por encima de las divisiones nacionales. Con la Reforma luterana, desaparece la Cristiandad, la comunidad de naciones que comulgan en un mismo credo religioso; pero la sustituye otra unidad, fundada ésta en la cultura y de la cual el *Discurso de Europa* del doctor Laguna, en 1543, ofrece uno de los más claros y precoces exponentes.

¿Qué es lo que me propongo al recordar cosas e ideas de todos conocidas? Lo siguiente: el despegue de Europa entre 1400 y 1800 es tal vez un fenómeno singular en la historia de la humanidad. Este éxito y la expansión que lo acompaña deben probablemente mucho al clima, al medio ambiente, a condiciones geográficas, condiciones que serían características, no de Europa en su conjunto, sino de aquellas zonas que van desde el límite norte del olivo hasta las grandes palmeras del sur; o sea, como recuerda Braudel, las zonas de cultivo del trigo, de la vid y del olivo.⁴ Pero se explican ante todo por motivaciones de carácter ideológico y cultural. Sólo los europeos han sabido explotar a fondo la brújula, la pólvora, la imprenta, que no han inventado, no ciertamente porque eran intelectualmente superiores a los demás pueblos de otros continentes que han creado civilizaciones dignas de estimación, sino porque probablemente sólo Europa supo compaginar las diferencias nacionales y la comunidad de cultura sobre la base de un mercado y de un sistema multiestatal descentralizado. Ahí radica, según un historiador inglés cuyo libro se acaba de traducir al español, el milagro europeo.⁵ Es una idea que ya había expresado Ortega en su *Meditación sobre Europa*: Europa existió antes que las naciones que la integran; «las nacio-

⁴ Fernand BRAUDEL, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Tomo I, p. 216.

nes de occidente se han ido formando poco a poco como núcleos más densos de socialización dentro de la más amplia sociedad europea que como ámbito social preexistía a ellas. Este espacio histórico impregnado de usos, en buena parte comunes, fue creado por el Imperio Romano y la figura geográfica de las naciones luego emergentes coincide sobremanera con la simple división administrativa de las *Diócesis* en el Bajo Imperio. La historia de Europa «es la historia de la germinación, desarrollo y plenitud de las naciones occidentales».⁶ Yo añadiría que este milagro es fruto del legado mediterráneo, de todas las civilizaciones que han nacido en torno a la cuenca mediterránea, aportando cada una su contribución a una cultura común.

II.- El Mediterráneo como modelo de civilización.

A primera vista, la impresión dominante del observador cuando se refiere al Mediterráneo es la de una gran diversidad: no estamos frente a un paisaje, sino a una multiplicidad de paisajes; una gama muy amplia de colores, sonidos, perfumes e imágenes que siempre han seducido a los artistas, pintores o escritores; no estamos ante un mar sino ante una sucesión de golfos, que son en realidad otros tantos mares dentro del mar; no contemplamos una civilización única con algunas variantes sino civilizaciones distintas que se suceden en el tiempo, unas dominantes, otras dominadas.

Sin embargo, esta multiplicidad aparente, esta pluralidad de pueblos y culturas, se resuelve en una unidad profunda, unidad fundada precisamente en el mar, vínculo de sociedades que intercambian bienes, modelos e ideas, ya que el Mediterráneo, a diferencia del Atlántico, favorece esa navegación costera, de cabotaje, de puerto a puerto y muchas veces de playa a playa, lo cual permite una mayor y mejor compenetración entre hombres y géneros de vida. En realidad, el paisaje mediterráneo es casi siempre marítimo: se limita a una estrecha franja costera, cerrada por sierras o colinas, detrás de las cuales se sitúan o bien llanuras adecuadas para el cultivo o bien desiertos. De ahí la triple característica de las sociedades mediterráneas: pueblos de marinos y viajeros, de agricultores y pastores, unos y otros a veces enfrentados en rivalidades y conflictos, en realidad complementarios.

⁵ ERIC L. JONES.

⁶ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Meditación sobre Europa* (cito por la segunda edición, Madrid, 1966, p. 34-35).

El mito de Ulises es, desde este punto de vista, muy instructivo. Ulises es, desde luego, el prototipo del viajero y del explorador, como lo serán más tarde Marco Polo, Cristóbal Colón y tantos otros. Pero Ulises no viaja por el mero gusto de ver mundo; la *Odisea* es la historia del retorno a la tierra natal y al hogar familiar, retorno retardado, dificultado por obstáculos de toda clase (metereológicos: tempestades; humanos: los adversarios con quienes tiene que luchar; divinos: el destino que multiplica las peripecias). Nunca pierde Ulises de vista la meta final: la vuelta a su patria, a su campo, a sus rebaños. La *Odisea* ofrece así un compendio de la vida económica y social del Mediterráneo: el mar, el pastoreo, los campos de vid, olivo, trigo, base de la alimentación junto con la pesca.

Pero la nota quizás más característica de las sociedades mediterráneas es su extraordinaria red de ciudades, unidas entre sí por el mar, tratándose de puertos, o por vías terrestres. Las civilizaciones mediterráneas, en rigor, son ante todo civilizaciones urbanas. Mejor dicho: la civilización en su esencia es urbana; la ciudad es cuna y motor de civilización, en contraste con lo rústico. Las ciudades mediterráneas delimitan un modelo de civilización con una doble característica: lo privado y lo público, por una parte, la palabra y el parlamento, por otra.

Lo privado, sector de intimidad, hogar en que se reúne la familia que forma una totalidad indivisa, solidaria y jerarquizada. La casa es el centro de reunión de todos los miembros que integran la familia y se someten a la autoridad central del *paterfamilias*. El patio interior concretiza esta intimidad, separada físicamente de la calle; la mujer (madre, hija, hermana) encuentra allí su centro, protegida por un concepto del honor muy riguroso.

Primer apunte de sociabilidad son las formas complejas de la vida religiosa, con sus dioses y diosas tutelares múltiples, diversos -los hay para cada circunstancia de la vida- pero que admiten cierta jerarquización, una tendencia a considerar algunos de ellos como superiores a los demás, tanto en Grecia como en Roma, mientras en algunas zonas surgen religiones monoteístas destinadas a extenderse en todo el ámbito mediterráneo: judaísmo, cristianismo, islam.

No sin motivos estas tres religiones monoteístas son consideradas como religiones del libro, ya que cada una de ellas dispone de textos sagrados que fijan el dogma y los ritos. Es que el Mediterráneo es también cuna de la escritura y de todo lo que supone una cultura fundada en libros. La atención prestada a la lengua, escrita o hablada, llevada directamente a la dialéctica, a la razón discursiva, a la filosofía racional.

Así llegamos al símbolo de aquellas sociedades urbanas y cultas: la plaza central, lugar de encuentro y de intercambio de productos y de ideas, a la vez

mercado y foro político; es el *ágora* de los griegos, el *forum* de los romanos, la *plaza mayor* de los españoles. La democracia ateniense y el derecho romano constituyen dos aportaciones básicas a la cultura occidental y no se pueden, no deben, olvidar sus raíces mediterráneas. La solidaridad entre los hombres y el ansia de libertad personal nacen en este marco, en estas sociedades situadas a orillas del mar:

*Anant al mar
els hòmens s'agermanen.
Tornant del mar
mai més seran esclaus,*

como tan bien lo dijo a fines del siglo pasado el poeta catalán Joan Maragall.

La ciudad mediterránea, a la vez mercado, templo, foro, anfiteatro y teatro para diversiones públicas, es pues cuna y foco de civilización. *Cristo*, reza el título de la novela italiana de Carlo Levi, *si è fermato a Eboli*: el Cristo, y todo lo que sugiere aquella idea: la religión, la fraternidad, la cultura, en una palabra: la civilización, Cristo no ha ido más allá de Eboli, de la costa cercana a Salerno, allí donde la carretera trazada por los hombres como medio de enlace y vía de progreso se aleja del mar para adentrarse en el interior y en la montaña; la civilización se queda allí, a orillas del mar; no ha llegado hasta Gagliano, el pueblo de la sierra.

Se comprende y se explica que unas civilizaciones tan profundamente urbanizadas hayan inventado la Arcadia, el mito pastoril, la pastoral, como sueño de un imposible retorno a una naturaleza idealizada y pura.

Nada tiene de extraño que los conquistadores hayan pensado desde un principio exportar este modelo de civilización al otro lado del Atlántico, en el continente nuevo. En las Indias, el avance de la conquista y de la civilización española está marcado por la creación de ciudades allí donde no las había y aquellas ciudades están conformes con el plan cuadricular que Vitruvio, redescubierto en la época del Renacimiento, ve la mejor agrupación de edificios en vista de una mayor sociabilidad. En torno a una plaza central se prevén los monumentos más destacados, la catedral, la sede de las autoridades civiles y militares. Las ciudades ya existentes están reconvertidas para conformarse con este modelo con la mira siempre puesta en los precedentes europeos y más exactamente mediterráneos. Al llegar a alguna tierra, los españoles no pueden hacer menos que compararla con la que han dejado en Europa. El sitio donde iba a edificarse Maracaibo les recuerda las lagunas de Venecia y no es casualidad si aquella zona acaba denominándose Venezuela. Por las mismas fechas, otros es-

pañoles que llegan en el centro de Méjico tienen idénticas impresiones; la laguna de Tenochtitlán les recuerda otra vez a Venecia. Y así podríamos seguir dando ejemplos. La conclusión se impone: se trata de exportar a las Indias un modelo cultural y unas formas de vida cuya impronta mediterránea está fuera de duda. Desde luego, al implantarse en América, el modelo sufrió las adaptaciones necesarias, debidas al clima y al relieve, pero en conjunto la obsesión por recrear más allá de los mares una civilización de antigua raigambre y prestigio no deja de impresionar todavía hoy el viajero.

III.- El destino del Mediterráneo.

En el libro bíblico de Daniel se encuentra la idea profética de las cuatro monarquías que están destinadas a dominar sucesivamente el mundo. De ahí arranca la antigua teoría histórica que identifica estas cuatro monarquías con los imperios más importantes: asirio o caldeo, persa, macedonio y romano, teoría que forma parte integrante del ideario mítico del mundo occidental hasta por lo menos Bousset, en el siglo xvii. Estos imperios han venido ocupando sucesivamente la hegemonía política y cultural y se da la casualidad de que surgen al este y se extienden hacia el oeste, hasta aquel finisterre que constituye la península ibérica.

La teoría no carece de fundamento aparente: las grandes civilizaciones del mundo occidental han nacido todas a orillas del Mediterráneo, primero en Levante, luego en lugares siempre más occidentales: judíos, fenicios, egipcios, griegos, romanos, árabes... De ahí la interpretación en un sentido providencialista de la profecía de Daniel, interpretación que Nebrija, en un libro publicado en Burgos hacia 1499, *Muestra de la historia de las antigüedades de España*, resume de este modo: «Así como con el movimiento del cielo todos los reinos y monarquías comenzaron en levante y por las Indias y Asirios y después por la Grecia e Italia fenecieron en el poniente».

La misma idea viene expresada, en 1524, por otro humanista, Hernán Pérez de Oliva, en un razonamiento dirigido al ayuntamiento de Córdoba para animarle a facilitar la navegación por el río Guadalquivir. El maestro Oliva hace un vibrante elogio del mar y de la navegación, fuente de riqueza y de cultura.

A continuación, Oliva llama la atención sobre las consecuencias de los descubrimientos recientes. Hasta 1492, España ocupaba el finisterre de Europa; ahora se ha convertido en el promontorio para el nuevo mundo y esta situación excepcional puede conferirle la hegemonía y el imperio universal. La

translación de este a oeste en la marcha de la historia se está terminando en beneficio de España:

«Antes ocupábamos el fin del mundo y ahora estamos en el medio con mudanza de fortuna cual nunca otra se vio. Hércules, queriendo andar el mundo, en Gibraltar puso fin (...). Ahora ya pasa sus columnas el gran poder de nuestros príncipes (...). Tierras y gentes sin fin que de nosotros tomarán religión, leyes y lengua. Estas serán siempre obedientes a España, que por madre tendrán de todo el bien que de aquí adelante hubieren. Así que el peso del mundo y la conversación de las gentes a esta tierra acuesta (...). Como hubo en los tiempos pasados que al principio del mundo fue el señorío en oriente, después más abajo en la Asia. Después lo hubieron persas y caldeos; de ahí vino a Egipto, de ahí a Grecia y después a Italia, postrero a Francia. Ahora de grado en grado viniendo al occidente, pareció en España (...) sin partir ya de aquí do lo ataja el mar y será tan bien guardado que no pueda huir. Vosotros, pues, señores, aparejaos ya a la gran fortuna de España que viene».

Desde esta perspectiva providencialista hay que interpretar el dicho famoso de la época de Felipe II: en el imperio español no se pone el sol. Es la idea de que el centro político universal se desplaza siguiendo el curso del sol, de oriente a occidente. Como lo presentía Nebrija, los españoles están uniendo oriente con occidente por vía marítima, el imperio universal está a su alcance: la civilización, surgida en las costas orientales del Mediterráneo, se centra ahora en la zona occidental y de allí teóricamente no debería pasar.

Es a un italiano, Campanella, a quien se debe a principios del siglo xvii la mejor exposición de aquella teoría providencialista. La base del imperio español, para Campanella, es su apego al catolicismo y su situación geográfica entre dos mares: el Mediterráneo, cuna de la cultura, y el océano Atlántico, ruta hacia el nuevo mundo. La sucesión de los imperios, conforme a la profecía de Daniel, confiere a España una vocación privilegiada y universal: le toca ahora a España recoger el imperio, el poderío político, para que triunfe el catolicismo en el mundo.

Desgraciadamente, los hechos no parecen darle la razón a Campanella. Ya los descubrimientos portugueses, a finales del siglo xv y principios del xvi, habían desplazado de Venecia a Lisboa, del Mediterráneo al Atlántico, el comercio de Asia. En la segunda mitad del siglo xvi, este cambio de perspectiva se confirma: ahora es en torno a Amberes, Amsterdam, el mar del Norte, donde se sitúa el eje de la economía europea. Nuevo rey de Portugal, Felipe II se instala

durante unos años en Lisboa, al borde del Atlántico, como si éste fuera un mejor observatorio para los asuntos políticos. Nuevas potencias surgen en el norte de Europa, lejos del Mediterráneo: Holanda, Inglaterra, Francia... Hacia 1580, los acontecimientos obligan a España a dirigir sus miradas, sus ejércitos, sus esfuerzos, hacia el Atlántico y hacia el norte. Lepanto (1571) es la última gran acción militar y política que tenga su escenario en el Mediterráneo: la guerra con Flandes, la rivalidad con Inglaterra (expedición llamada de la Invencible Armada en 1588) son otras expresiones de este cambio de perspectiva. El eje político sigue situándose en Italia, pero no en la Italia mediterránea, sino en la Italia del norte, concretamente en Milán, donde confluyen las tropas y el dinero de España para, desde allí, dirigirse a los nuevos puntos estratégicos, todos situados lejos del Mediterráneo.

El sueño de Campanella de un imperio universal centrado en España se viene abajo. La guerra de los Treinta Años y los tratados de Westfalia (1648) terminan con la hegemonía política de España y la hegemonía cultural de Italia en Europa; ahora ya no son naciones mediterráneas las que ocupan la primacía política, científica, cultural: son Holanda, Inglaterra, Francia, pero una Francia más atlántica y nórdica que mediterránea. El norte parece desde entonces sobreponerse al sur, ser fuente de riqueza, de desarrollo, de bienestar y cultura, evolución que curiosamente podemos seguir observando en nuestros días. Piénsese en el contraste entre una Italia nórdica industrializada y una Italia meridional subdesarrollada en medio de sus monumentos y de su pasado glorioso. Piénsese en otro contraste a nivel continental, el que supone desde principios del siglo xix una América del norte dinámica, eficaz, militante, y los territorios situados al sur del río Bravo, estos territorios antaño sede de opulentos virreinos, minas de oro y plata, hogaño sumidos en el atraso económico, las desigualdades sociales, la inestabilidad política.

Estos contrastes son los que han sugerido una interpretación de tipo temperamental e ideológico. En los siglos xviii y xix y parte del xx, bajo la influencia de autores anglosajones, se insistía mucho en la superioridad del protestantismo sobre el catolicismo. El mundo moderno, el del capitalismo, de la ciencia, de la técnica, de la eficacia, sería un producto de la Reforma, lo cual explicaría el atraso de las naciones que en el xvi siguieron fieles al catolicismo tradicional. Hoy en día, esta interpretación está más y más discutida, sobre todo porque descuida otro elemento. No son las naciones católicas, España, Italia, las que, a partir del xvii, dan la impresión de quedarse a la zaga en la marcha al progreso; el imperio turco también sufre la misma evolución. Los turcos, tan presentes y activos y amenazadores hasta Lepanto por lo menos, también pasan a segundo plano a partir del xvii, o sea: es el Mediterráneo el que,

desde entonces, deja de ser el centro del mundo como lo había sido durante tantos siglos.

Estamos frente a algo todavía misterioso y que hasta la fecha no ha suscitado respuesta adecuada. Como lo presentía la profecía de Daniel, el foco civilizador o la capacidad de conducir la historia parece efectivamente desplazarse de oriente a occidente. En el siglo xvii, este foco civilizador remonta hacia el norte de Europa, hasta las naciones anglosajonas; luego pasará a la costa este de Estados Unidos; ahora se situaría más bien en la costa oeste, en California...

No creo que estos desplazamientos sean una demostración de la antigua teoría de la sucesión de los imperios. Encierran sin embargo una verdad: los focos de civilización no son eternos ni permanentes; se agotan; se desplazan sin que sepamos decir exactamente por qué.⁷

¿Significa esto que la hora del Mediterráneo ha pasado? Creo que no. Desde luego las naciones mediterráneas desempeñaron un papel muy modesto en la forja del mundo moderno, el del capitalismo y de la técnica. Las esperanzas que se habían puesto en este mundo moderno han sido, sobre todo en nuestro siglo, defraudadas: la civilización industrial y técnica, a pesar o a causa de su eficacia, ha creado condiciones de vida que a muchos contemporáneos nuestros parecen desalentadoras. A eso tal vez se deba la seducción que sigue teniendo el Mediterráneo, un Mediterráneo que no tuvo ni gloria ni culpa en el alumbramiento de la Modernidad y que por eso parece apropiado para ofrecerse otra vez como modelo de armonía y equilibrio, con sus paisajes, su sol, sus playas, sus formas de vida. A decir verdad nunca ha dejado el Mediterráneo de atraer a los hombres, incluso y quizás sobre todo a los que viven en naciones más desarrolladas. Siempre conservó Italia su prestigio con las ruinas de su pasado, los recuerdos de su renacimiento o la belleza de sus paisajes. Lo mismo cabe decir de Andalucía, de Grecia, de Egipto... El romanticismo acentuó esta corriente que empujaba a artistas y escritores a visitar las tierras del clasicismo, de la Antigüedad o bien el exotismo del Mediterráneo. En nuestros días esta tendencia presenta un aspecto multitudinario con la masas de turistas en busca de sol y playa, por cierto, pero quizás también, aunque de una manera confusa e inconsciente, de algo más que no pueden ofrecerles las ciudades prósperas de la Europa del norte.

⁷ Escribía Ernest LAVISSE hacia 1900: «Toute force s'épuise; la faculté de conduire l'histoire n'est point une propriété perpétuelle. L'Europe, qui l'a héritée de l'Asie il y a trois mille ans, ne la gardera peut-être pas toujours».

Esta vuelta al Mediterráneo bajo la forma del turismo acarrea desde luego peligros y amenazas de degradación. Pensemos en los efectos negativos que provoca el desarrollo económico, agrícola y urbanístico. Si logramos superarlos, quién sabe si el Mediterráneo no volverá a ocupar otra vez, no el centro del mundo, pero sí por lo menos un puesto privilegiado como alternativa a un tecnicismo excesivo y agobiante, promoviendo un desarrollo agrícola e industrial que tenga en cuenta todas las necesidades del hombre, no sólo su legítimo deseo de bienes materiales, sino también exigencias de tipo más elevado, exigencias culturales en el sentido más amplio de la palabra: el culto a la belleza, el sentido de la convivialidad, la relación con los demás tal como puede manifestarse en instituciones o costumbres de tanto arraigo en el Mediterráneo: el arte, la fiesta, el foro, la comunicación en todos los sentidos. Otra vez nos encontramos con el mito de Ulises. Se dice de Ulises que es un mentiroso. Ulises no es exactamente un mentiroso; es un hombre a quien le encanta hablar, contar sus experiencias, vividas o soñadas, ante un coro admirativo y cautivado. Este embelesamiento que produce Ulises en los que lo escuchan, a fin de cuentas, no es más que el fruto de un arte de vivir, de una civilización refinada que ha sabido compaginar en otros tiempos el ocio y el negocio, la eficacia económica, la estética y la ética. De esta forma podría volver a ser el Mediterráneo un punto de contacto entre los hombres, entre civilizaciones distintas, entre Norte y Sur, Oriente y Occidente, y al mismo tiempo un foco de sabiduría y de cultura.